





LA PEREGRINA DOCTORA.

PRIMERA PARTE.

SAcra Antorcha luminante,
que en ese Alcazar Supremo
pisas alfombras de estrellas,
Madre de Dios verdadero,
ayudado de tu gracia
podré salir de este empeño.
En la Ciudad de Lisboa
en el Lusitano Reyno
vivia un gran Potentado,
tan noble y tan Caballero,
que general de las Tropas
le hizo su Rey Don Pedro,
llamado Don Alexandro
de Figueroa y Sarmiento.
Este tal era casado:
¡con qué pena lo refiero!
¡con qué pesares lo digo!
¡y con qué dolor lo siento!
Casóse Don Alexandro
con un peregrino objeto,
con la mayor hermosura
que habia en todo aquel pueblo,
tan hermosa y tan bizarra,
que era otra segunda Venus,
llamada aquesta deidad
Doña Inés Portocarrero.
Su esposo, pues, mas que amante,
adora sus pensamientos,
siempre trae su retrato
para su mayor consuelo.
Este tal tiene un hermano
dentro en su palacio mesmo,
llamado Don Federico,
hombre tirano y protervo.
Quando su hermano salia
con los exércitos bellos,
él se quedaba en Palacio
para despachar los pliegos.
Era pirata de esclavas,
y verdugo de los negros,
enfado de las doncellas,
que le estaban asistiendo,
porque á todos les servía
de muy grande contrapeso.
Este tal se enamoró
con mal nacidos intentos
de la muger de su hermano
Doña Inés Portocarrero.
Anda triste y pensativo,
sin color y macilento,

En

En fin se determinó
cierto dia entre los pliegos
que su esposo la escribió,
ponerle un papel en medio,
dando parte de su amor
con depravados intentos.
Tomó Doña Inés las cartas,
con alegria y contento,
por ser de Don Alexandro,
su esposo y querido dueño.
Estábalas repasando,
y reparó en aquel pliego,
que estaba muy poco hollado,
y escrito de poco tiempo.
Puso los ojos en él,
y comenzando á leerlo,
en su presencia lo arroja
hecho pedazos al viento.
Detente, muger heroyca,
guarda el papel en tu pecho,
que podrá ser que te sirva
algun dia de provecho.
Y viendo Don Federico
el desaire que le ha hecho,
colérico y enojado,
brota por los ojos fuego;
mas ella lo reprehende,
y á solas le está diciendo:
¿quién ha de guardar mi honor
quiere ofender mi respeto?
vaya usted, Don Federico,
mire que se agravia el cielo,
de que usted contra su hermano
proceda en malos intentos.
No le quiso decir mas,
él se metió en su aposento,
maldiciendo su fortuna,
jura por los altos cielos,
que á pesar de todo el mundo
ha de lograr sus deseos.
Miró Doña Inés un dia
á Don Federico atento,
y le vido que traia
el rostro muy descompuesto,
y que le estaba brotando
la ponzoña y el veneno;
mas ella como discreta,
entre sí estaba diciendo:
aqueste quiere intentar
un villano atrevimiento;
pero antes que lo execute,
yo quiero poner remedio.
Mandó al punto que viniesen
Albañiles y Arquitectos,
y que en medio del jardin
hicieran de jaspe negro
una bóveda curiosa,
pintada con azulejos
quanto cupiese una cama,
mesa, silla é instrumento,
y que á la puerta le pongan
unas barretas de hierro,
quanto pudiesen por ellas
meter el mantenimiento,
con su golpe como carcel,
el pestillo fuerte y recio.
Ya que estaba aderezado
con su cama y lucimiento,
llamando á Don Federico
Doña Inés Portocarrero,
le dice así : hermano mio;
porque muy triste te veo,
quiero llevarte al jardin
á ver los arboles bellos,
verás una arquitectura
hecha por un buen Maestro,
para en viniendo mi esposo,
que salga á tomar el fresco.
Asi que oyó estas razones,
se alegró tanto en extremo,
que entendió yá que la nieve
la iba derritiendo el tiempo.
Se fueron hacia el jardin,
viendo aquel cristal ameno,

con

con la cama tan curiosa,
le dió el corazon un vuelco,
diciendo: aquesta es mi suerte,
hoy se logran mis deseos.
Dixo entonces Doña Inés,
con engañosos intentos:
hermano, por divertirnos
tocad aquese instrumento,
mientras yó cojo unas flores
de aqueste florido hüerto.
Hízolo luego al instante,
y apenas lo vido dentro,
quando ha cerrado la puerta
con tan varonil esfuerzo,
que quedando el golpe echado,
quedó Federico preso;
diciendole: aqui se pagan
osados atrevimientos.
Oyendo aquestas razones,
tiró al suelo el instrumento,
escarba, bufa, y patea,
parece un leon sangriento,
jura que se ha de vengar
á pesar del mundo entero:
si ella el papel no rompiera,
no se viera en tal espejo.
Doña Inés se retiró,
dexandole en cautiverio.
Venian pues á palacio
visitas de Caballeros,
y señores principales
de sus parientes y deudos,
y preguntando por él,
dice Doña Inés á esto,
que le ha dado un accidente,
y un frenesí descompuesto,
que alli le tiene metido
para tenerle sujeto.
Desde entonces Doña Inés
despachó todos los pliegos,
diciendo que está su hermano
melancólico y enfermo.

Alli le tuvo seis meses,
y sabiendose por cierto,
que el campo se levantaba,
y que los Reyes hicieron
treguas por otros seis meses,
y que prospero y contento
venia Don Alexandro,
echando plumas al viento,
fué la noble Doña Inés
derecha al encerramiento,
donde está Don Federico:
llevóle un vestido nuevo,
un caballo enjaezado,
la peluca y el sombrero,
y un Barbero que le afeite,
y que saliese ligero
á recibir á su hermano,
y que guardase silencio
de todo lo sucedido,
que ella promete lo mesmo,
pues lo que ha hecho con él
debe mucho agradecerlo;
y con esto abrió la puerta,
aunque con algun recelo.
El no se quiso vestir,
que con el ropage mesmo,
y sin afeitarse monta
en un andaluz soberbio.
El hermano que lo vido
tan abominable y feo,
le dice: hermano del alma,
¿cómo vienes tan horrendo?
¿qué pesares te molestan?
¿qué difsraces son aquestos?
Entonces le respondió,
de esta manera diciendo:
Tu esposa tiene la culpa
de verme como me veo,
porque no hice su gusto,
que descansando en mi lecho,
una noche me insistió,
echandome mil requiebros;

pero

pero yó le respondí,
dándola dos mil consejos,
y por aquesta ocasion
me ha dado tanto tormento,
pues me ha tenido hasta ahora
en un mauseolo preso.
Don Alexandro que escucha
tan terrible atrevimiento,
como un marmol se quedó
un largo rato suspenso,
que quisiera que el abismo
le sepultara en su centro.
Determinó el ir á casa,
fatigado de tormentos,
y entrando por el Palacio,
le salió al recibimiento
aquella blanca azucena,
aquella joya sin precio,
á recibirle en los brazos
del alma, y él con despego
le pegó una bofetada,
con injuria de los cielos.
Y por no ver su hermosura,
mandó que quatro Monteros,
que eran hombres de mal alma,
la llevasen á un desierto,
y que la saquen los ojos
y el corazon de su centro,
y en un paño se lo traigan,
para quedar satisfecho.
¡Qué lastima! ¡qué dolor!
¡qué pena! ¡qué sentimiento!
¡ó que injusticia! ¡qué agravio!
¡qué castigo sin deberlo!
Salen una noche triste,
amparados del silencio,
aquellos facinerosos,
y antes que rompiera Febo,
en un monte se encontraron
tan encumbrado y espeso,
que aquel dorado Planeta,
que vive en el quarto cielo,
no ha podido con sus rayos
descubrirle sus cimientos.
Estando en aqueste sitio,
arrimado á un duro fresno,
antes de darle la muerte,
quisieron gozar primero
aquella prenda del orbe,
aquella joya sin precio.
Arman tan cruel batalla
sobre el que ha de ser primero,
que los quatro parecian
unos lobos carniceros;
pero la Virgen Maria
los ayres baxó rompiendo
con su Hijo de la mano,
sacro Niño, Rey inmenso,
la dice: devota mia,
libre estás, no tengas miedo,
que yó vendré á visitarte,
aunque yó nunca te dexo:
un Leon te ha de traer
muy alhagüeño el sustento,
y aqueste te ha de guardar,
que estés velando ó durmiendo.
La Virgen y el bello Niño
de alli desaparecieron,
quedándose Doña Inés
confusa en su pensamiento,
por saber de que un Leon
le ha de dar el alimento.
Y en otra segunda parte
dará Juan Miguel del Fuego
á todo el oyente gusto
del suceso verdadero.

FIN.





LA PEREGRINA DOCTORA.

SEGUNDA PARTE.

VAmos ahora á los quatro,
que se quedaron riñendo,
que entre los tres dieron muerte
al que era mayoral de ellos,
y los otros tres se hallaron
la jaula sin el gilguero.
La buscaron por el monte,
como Caballos sin freno;
mas viendo que no la hallan,
hicieron este concepto:
muy bien habemos quedado,
!qué buena cuenta daremos
allá de nuestras personas,
del encargo que traemos!
Lo que podemos hacer
con este difunto cuerpo,
será sacarle los ojos,
y el corazon, y en un lienzo
se lo podemos llevar,
y cumpliremos con eso:
en breve lo executaron,
que fué diciendo, y haciendo.
Ván la vuelta de Palacio,
y entregan en el pañuelo
el corazon, y los ojos,
y Don Alexandro atento
preguntando por el otro,
todos á una voz dixeron;
tambien se quedó en el monte,
porque quiso muy soberbio
profanar á Doña Inés,
y lo matamos por eso,
y en el monte se quedó
por andar tan descompuesto.
Volvamos á Doña Inés;
que estando tomando el fresco
junto á una fuente, un Leon
vió venir, y que halagüeño
con un canasto en la boca,
le traia su sustento.
Hizole una cortesía,
y lamiendole los dedos,
le entregó su canastillo
á su señora, y su dueño,
y á la puerta de la cueva
paseandose, y rugiendo,
anda hecho centinela
guardandola muy atento.
Al otro siguiente dia
volvía á hacer lo mesmo,

to-

tomaba su canastillo,
y en breve espacio de tiempo
venía con las viandas,
mas que el Alba trascendiendo
pasaban todos los dias
las cosas, que aquí refiero.
Vamos á Don Federico,
que preguntó á los Monteros,
si es verdad, que la mataron,
que les guardará secreto,
y que tambien les dará
gran cantidad de dineros:
todos dixeron, que no,
y contaronle el suceso,
como se quedó en el monte
sin agraviarle en un pelo.
Don Federico responde,
en el alma lo agradezco,
todos juntos hemos de ir
á buscarla muy de cierto,
antes hoy que no mañana,
y á mi hermano le dirémos,
que á una rica monteria
voy con otros Caballeros.
Salen de Palacio y llegan,
á el segundo Pirinéo
de aquel encumbrado risco,
peñas y montes batiendo;
mas quiso su mala suerte,
que con la boveda dieron,
donde Doña Inés estaba
para su perdicion de ellos;
que el Leon desque los vido,
muy enojado, y sangriento
á los tres despedazó
en menos que pudo un Credo
rezarse en breve, y el otro
aunque vino casi muerto;
mas Doña Inés lo libró,
que hiciera con él lo mesmo,
porque era Don Federico,
y lo conoció al momento,
no cupo en su sangre noble
aquel refran verdadero;
porque ella la mala obra
la pagó con buen extremo.
Dá la vuelta de Palacio
con mentiras, y embelecos,
diciendo que un Javalí
le mató los compañeros,
y que él con cinco heridas
sè subió encima de un Cedro,
y que de alli se escapó
de aquel animal soberbio.
Dexemos yá tanta prosa,
no quiero ser tan molesto,
no me diga mi auditorio
si es cabeza de proceso.
En un dia señalado
de la Encarnacion del Verbo
se apareció á Doña Inés
la Virgen de los Remedios,
alegrando plantas, flores,
riscos, valles, y desiertos,
diciendole: Dios te salve,
Hija, yá se llegó el tiempo
de que dexes este sitio,
y te vayas á tu Pueblo,
y curarás á tu Esposo,
que dias ha que está enfermo,
y tambien á tu cuñado,
que las heridas vertiendo
todavía le están sangre,
y perdonale sus yerros.
El Leon, que te ha traido
el qüotidiano sustento
es el hombre, que mataron
los otros en el desierto,
y tambien ellos pagaron,
que el Leon los mató á ellos,
y ha tenido el Purgatorio
guardándote, y asistiendo,
y ahora se vá á gozar
de mi Hijo sempiterno.

Con

Con eso le dió la Virgen
un vasito muy pequeño
lleno de balsamo heroyco,
que vale mas, que un Imperio.
Con esto desaparecen
la Virgen, y Leon á un tiempo,
quedándose Doña Inés
metida en un pasagero
camino, que vá á Lisboa,
con su baculo, y sombrero,
y peregrinando llega
allá en muy pocos momentos
á donde ella curó
muy grande copia de enfermos
sin que el balsamo precioso
se menoscabara un pelo.
La Ciudad toda admirada
de la Peregrina, viendo
los enfermos, que curaba
tan consumidos, y secos,
y luego los vian sanos
dentro de muy breve tiempo.
Va la nueva al General
Don Alexandro Sarmiento,
que estaba ya desahuciado
de los Libros de Galeno,
y juntamente su hermano,
al instante previnieron
un coche con quatro mulas,
salen por la Ciudad ciegos
buscando á la Peregrina,
preguntando á todo el Pueblo.
Vinieron á dar con ella
en un sagrado Convento
de Religiosas descalzas,
que estaba con santo zelo,
curando algunas enfermas
de tabardillos molestos.
Entre dos Comendadores
en el coche la metieron,
ván la vuelta de Palacio,
y visitando al enfermo,
tomándole el pulso, dice:
¿diga señor Caballero,
de qué pende esa dolencia?
El dice, de sentimiento,
y de un gran dolor continuo,
que desecharlo no puedo.
Entonces ella responde:
no es mucho ese sentimiento,
ni aquese dolor es mucho,
pues que de dolor no ha muerto.
Apenas le echó en los labios
aquel balsamo supremo,
se levantó dando gracias
á el Divino padre Eterno.
Queria irse al instante,
mas le atajaron los vuelos,
diciendo: señora tenga,
que hay que curar otro enfermo.
Entonces ella responde,
por mi vida, que no puedo
detenerme ni un instante,
ni á curarlo yo me atrevo,
si en público no confiesa
todas sus culpas, y yerros:
Dixo el enfermo que sí,
que estaba yá casi muerto,
hediendole las heridas,
como trescientos mil perros.
Mandó juntarse la gente
de sus parientes y deudos,
hasta los mismos criados,
que en Palacio están sirviendo,
á todos pidió perdon,
pero á su hermano primero.
El hermano le perdona
al instante, y al momento.
Hermano, y Señor, tu Esposa
era una joya sin precio,
era un arca de esmeraldas,
exemplo de los exemplos,
la virtud de las virtudes,
espejo de los espejos:
y

y yó tan vil criatura,
quise ofender tu respeto;
y por aquesta ocasion
me tuvo seis meses preso,
y yó por vengarme de ella
le levanté el falso enredo.
Don Alexandro, que escucha,
echó mano al fuerte acero,
diciendole: vil hermano
atrevido, y desatento,
por haberte perdonado,
en tu sangre no me vengo.
Entonces la Peregrina
le fué untando con los dedos
las heridas, y al instante
se levantó sano, y bueno.
Grande copia de doblones,
que pasaban de quinientos
le dan á la Peregrina,
y ella haciendo menosprecio,
dice guarde las monedas,
quiten allá ese dinero,
que quizás les hará falta
para sustentar los negros.
Mas con cuidado miraba
el Don Alexandro atento
el rostro á la Peregrina,
y el traslado de su pecho,
viendo que todo era uno,
se abrasó en vivos incendios,
le dice, Señora mia,
¿de qué Patria, ó de qué Reyno
es usted, aunque perdone?
Ella con suaves écos
le respondió, señor mio,
yo soy de todos los Reynos,
vecina de todo el mundo,
y á mí me llaman por eso
la Peregrina Doctora
sin interés del dinero,
la que curó á su marido,
y á su enemigo protervo.
Entonces Don Alexandro
le dió un abrazo muy tierno,
reconoció, que es su esposa
aquel hermoso portento,
la Ciudad toda admirada,
la gran maravilla viendo,
de puro contento lloran,
y parece un jubiléo
de Damas, y de Galanes,
y parientes que acudieron,
que en el Palacio no caben
sabiendo aqueste suceso.
En la Ciudad de Lisboa
hacen fiestas y torneos,
toros, y juegos de cañas,
Comedias, y pasatiempos.
Y al Auditorio postrado,
pide Juan Miguel del Fuego
á JESUS de que nos libre
del Demonio, y sus enredos.

FIN.